

mundo y la carne; habian dejado la cruz por la vida, dieron la vida por la cruz; murieron en sus miembros, para vivir en sus espíritus; para trasformarse en Dios, dejaron de ser hombres; para vivir vida angélica, dejaron la humana.

Y así como el Espiritu Santo habia trasformado á los apóstoles, los apóstoles trasformaron al mundo; pero no ellos en verdad, sino el espíritu invencible que estaba en ellos. El mundo habia visto á Dios, y no le habia conocido; y ahora que no tenia su vista, tuvo su conocimiento. No habia creído en su palabra, y ahora que habia dejado de hablar, creyó en su palabra; habia visto sus milagros vanamente, y ahora que era ido á su Padre el que los obró, creyó en sus milagros. Habia crucificado á Jesús, y adoró al que habia crucificado; habia adorado á los ídolos, y quemó sus ídolos. Lo que habia tenido por argumentos vanos, tuvo ahora por argumentos victoriosos é inconcebibles: cambiósese en amor inmenso su odio profundo.

Así como el que no tiene idea de la gracia, no la tiene tampoco del Cristianismo, el que no tiene noticia de la providencia de Dios, está en la ignorancia mas completa de todas las cosas. La Providencia, tomada en su acepcion mas general, es el cuidado que tiene el Criador, de todas las cosas creadas. Las cosas existieron, porque Dios las crió; pero no existen, sino porque Dios cuida de ellas por medio de un cuidado continuo, que viene á ser una creacion incesante. Las cosas que antes de que fueran no tuvieron en sí razon de ser, no tienen en sí razon de subsistir despues de que fueron: solo Dios es la vida y la razon de la vida, el sér y la razon del sér, el subsistir y la razon del subsistir. Nada es, nada vive, nada subsiste por su virtud propia. Fuera de Dios, esos atributos supremos no están en ninguna parte ni en cosa ninguna. Dios no es á manera de un pintor que, hecho el cuadro, se separa de él, le abandona y le olvida; ni las cosas que Dios crió, subsisten de la manera que la figura pintada, que subsiste por sí sola. Dios hizo las cosas de una manera mas soberana, y las cosas dependen de Dios de una manera mas sustancial y excelente. Las cosas del orden natural, las del orden sobrenatural,

y las que, por salir del orden común natural ó sobrenatural, se llaman y son milagrosas, sin dejar de ser diferentes entre sí, como quiera que son gobernadas y regidas por leyes diferentes, tienen todas algo y aun mucho de común, que consiste en su dependencia absoluta de la voluntad divina. No se afirma de las fuentes cuanto de ellas hay que afirmar, cuando se afirma que corren, porque su naturaleza es correr; ni de los árboles, cuando se afirma de ellos que fructifican, porque su naturaleza es dar frutos. Su naturaleza no da á las cosas una virtud propia é independiente de la voluntad de su Criador, sino cierta manera determinada de ser, dependiente, en todos y en cada uno de los momentos de su existencia, de la voluntad del soberano Hacedor y del divino Arquitecto. Corren las fuentes, porque Dios las manda correr con un mandamiento actual; y las manda correr, porque hoy, como en el día de su creacion, ve que es bueno que corran; fructifican los árboles, porque Dios los manda fructificar con un actual mandamiento; y les da este mandamiento, porque hoy, como en el día de su creacion, ve que es bueno que los árboles fructifiquen. Por donde se ve cuán errados andan los que van á buscar la última explicacion de los sucesos, ya en las causas segundas, que existen todas bajo la dependencia general é inmediata de Dios, ya en la fortuna, que no existe de ninguna manera. Solo Dios es criador de todo lo que existe, el conservador de todo lo que subsiste, y el autor de todo lo que sucede, (1) segun se ve por estas palabras del Eclesiástico, cap. 11, vers. 14: *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas á Deo sunt.* Por eso dice san Basilio, que en atribuírselo todo á Dios está la suma de toda la filosofía cristiana, conforme á lo que dice el Señor, en San Mateo, cap. 10, vers. 29, 30: *Nonne duo passeret asse veneunt? Et unus ex illis non cadet super terram sine patre vestro. Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt.*

Considerando las cosas desde esta altura, se ve claro que de la misma manera depende de Dios lo que es natural, que lo que es

(1) Esta espresion va puesta aqui en el sentido teológico, señaladamente por lo que hace al mal, que, propiamente hablando, no es obra de Dios, sino en cuanto Dios lo permite en sus criaturas inteligentes y libres.—

sobrenatural y lo que es milagroso. Lo milagroso, lo sobrenatural y lo natural son fenómenos idénticos sustancialmente entre sí por razón de su origen, que es la voluntad de Dios; voluntad, que siendo actual en todos ellos, es en todos eterna. Dios quiso eterna y actualmente la resurrección de Lázaro, como quiere eterna y actualmente que los árboles fructifiquen. Y los árboles no tienen una razón mas independiente de la voluntad divina para fructificar, que Lázaro para salir, después de muerto, del sepulcro. La diferencia de estos fenómenos no está en su esencia, puesto que uno y otro dependen de la voluntad divina, sino en el modo; porque en los dos casos la divina voluntad se ejecuta y se cumple por dos diferentes maneras, y en virtud de dos leyes distintas. Una de estas dos maneras se llama y es natural, y la otra se llama y es milagrosa. Los hombres llamamos naturales á los prodigios diarios, y milagrosos á los prodigios intermitentes.

Por donde se ve cuán grande es la locura de los que niegan la potestad de obrar los intermitentes al mismo que obra los diarios. ¿Qué otra cosa viene á ser esto, sino negar al que hace lo que es mas, la potestad de hacer lo que es menos; ó lo que viene á ser lo mismo, negar que puede obrarse alguna vez aquello que se obra siempre? Vosotros, los que negais la resurrección de Lázaro, porque es obra milagrosa, decidme, ¿por qué no negais otros prodigios mayores? ¿Por qué no negais ese sol que asoma por el oriente, y esos cielos tan hermosos y refulgentes y tendidos, y sus luminaires eternos? ¿Por qué no negais esos mares bramadores, hermosísimos, turbulentísimos, y esa arena blanda, leve, en donde mueren humildes esos roncós bramidos, esas concertadas armonías y esas grandes turbulencias? ¿Por qué no negais esos campos tan llenos de frescura, y esos bosques tan llenos de silencio, de majestad y de sombras, y esas inmensas cataratas con sus inmensos vuelcos, y esos deslumbradores cristales de esas clarísimas fuentes? Y si no negais estas cosas, ¿cómo es tan grande vuestra locura, y vuestra inconsecuencia tan palpable, que negais como imposible, ó como difícil siquiera, la resurrección de un hombre? Yo de mí sé decir, que no niego mi fé sino al que afirma que habiendo

abierto sus ojos exteriores para ver lo que le rodea, ó sus ojos interiores para ver lo que en sí pasa, ha visto fuera ó dentro de sí cosa que no sea milagro.

Síguese de lo dicho, que la distinción por una parte entre las cosas naturales y las sobrenaturales, y por otra entre los fenómenos ordinarios, así del orden natural como del sobrenatural, y los milagrosos, no lleva ni puede llevar consigo no sé qué rivalidad y antagonismo oculto entre lo que existe por la voluntad de Dios, y lo que existe por naturaleza; como si Dios no fuera el autor, y el mantenedor, y el gobernador soberano de todo lo que existe.

Todas esas distinciones, sacadas de sus límites dogmáticos, han ido á parar, á lo que vemos, á la deificación de la materia, y á la negación absoluta, radical de la providencia y de la gracia.

Volviendo á anudar, para concluir, el hilo de este discurso, diré que la providencia viene á ser una gracia general, en virtud de la cual Dios mantiene en su ser, y gobierna según su consejo todo lo que existe; así como la gracia viene á ser á manera de una providencia especial, con la que Dios tiene cuidado del hombre. El dogma de la providencia y el de la gracia nos revelan la existencia de un mundo sobrenatural, en donde residen sustancialmente la razón y las causas de todo lo que vemos: sin la luz que viene de allí, todo es tinieblas; sin la explicación que está allí, todo es inexplicable; sin esa explicación y sin esa luz todo es fenomenal, efímero, contingente; todas las cosas son humo que se deshace, fantasmas que se desvanecen, sombras que se deslizan, sueños que pasan. Lo sobrenatural está sobre nosotros, fuera de nosotros, dentro de nosotros mismos. Lo sobrenatural circunda lo natural y lo penetra por todos sus poros.

El conocimiento de lo sobrenatural es, pues, el fundamento de todas las ciencias, y señaladamente de las políticas y de las morales. En vano aspirareis á explicar al hombre sin la gracia, y á la sociedad sin la providencia: sin la providencia y sin la gracia, la sociedad y el hombre son para el género humano un arcano perpetuo. La importancia de esta demostración y su trascendencia altísima se verá mas adelante, cuando bosquejando el triste y lamenta-

ble cuadro de nuestros extravíos y de nuestros errores, se les vea brotar todos de la negacion del sobrenaturalismo católico, como de su propia fuente. Entre tanto conviene á mi propósito dejar consignado aquí que la accion sobrenatural y constante de Dios sobre la sociedad y sobre el hombre es el anchísimo y seguro fundamento en que se asienta todo el edificio de la doctrina católica; de tal manera, que, quitado ese fundamento, todo ese gran edificio en que se mueven anchamente las generaciones humanas, viene abajo á igualarse con la tierra.

## CAPÍTULO VII.

QUE LA IGLESIA CATÓLICA HA TRIUNFADO DE LA SOCIEDAD, Á PESAR DE LOS MISMOS OBSTÁCULOS, Y POR LOS MISMOS MEDIOS SOBRENATURALES QUE DIERON LA VICTORIA SOBRE EL MUNDO Á NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

LA Iglesia católica, considerada como institucion religiosa, ha ejercido la misma influencia en la sociedad, que el catolicismo, considerado como doctrina, en el mundo; la misma que nuestro Señor Jesucristo, en el hombre. Consiste esto en que nuestro Señor Jesucristo, su doctrina y su Iglesia no son en realidad sino tres manifestaciones diferentes de una misma cosa; conviene á saber: de la accion divina obrando sobrenatural y simultáneamente en el hombre y en todas sus potencias, en la sociedad y en todas sus instituciones. Nuestro Señor Jesucristo, el Catolicismo y la Iglesia católica son la misma palabra, la palabra de Dios resonando perpétuamente en las alturas.

Esa palabra ha tenido que superar los mismos obstáculos, y ha triunfado por los mismos medios en sus encarnaciones diferentes.